

Filosofando

La inmortalidad de los actos

Luis Armando Aguilar Sahagún

El filósofo judío Hans Jonas (1903-1993), examina el posible significado de la inmortalidad a la luz del concepto actual de existencia. El horizonte de comprensión es, como para el cristianismo primitivo, la temporalidad, retomado con un nuevo énfasis por la fenomenología del Siglo XX.

“Desde el descubrimiento de la fundamental historicidad del hombre hasta el desarrollo ontológico de la intimísima temporalidad de su ser, se nos ha hecho conscientes de que el tiempo, lejos de ser una mera forma de los fenómenos, pertenece más bien tanto a la esencia del ser como a la del sí mismo, y que, para todo sí mismo particular, su finitud es la condición irrenunciable de la posible autenticidad de su existir. En lugar de negarla, reivindicamos nuestra caducidad: no queremos renunciar al miedo y al aguijón de la finitud, es más, insistimos en ponernos junto a la nada y en que tenemos la fuerza necesaria para convivir con ella”.

El tono espiritual de los tiempos modernos acentúa la condición mortal. El existencialismo lo ha hecho hasta el extremo, renunciando a todo tipo de seguridad. Jonas, sin suscribir el existencialismo, siente participar del espíritu de su tiempo y, dentro de él, intenta ubicarse en una posición entre la doble nada del antes y el después. A diferencia de la filosofía de la finitud existencial, Jonas considera que la temporalidad no puede ser la última palabra. La misma noción de eternidad muestra ya, como señal críptica, que hay en el hombre un dinamismo de autosuperación. La eternidad bien podría tener una referencia a lo temporal que lo trasciende, y de lo que en ocasiones podemos percatarnos.

La impenetrabilidad del aquí y el ahora, *se aclara a veces como si repentinamente alcanzase un punto crítico en el que se precipitase. Y si hay alguna transparencia de este tipo de lo temporal para lo eterno, por infrecuente y breve que sea, la ocasión y la modalidad de su darse pueden servirnos como señal para aquello de nuestro ser –aunque ya no se trate de la sustancia de nuestro yo- que se asoma a lo imperecedero y por tanto constituye nuestra participación en la inmortalidad.”*

Jonas se interroga por la capacidad de experimentar lo que permanece entendido como lo atemporal y absoluto. ¿Cómo entra lo absoluto en las relatividades de lo cotidiano? El filósofo judío dirige la atención a un tipo de evidencia que depende enteramente de nosotros mismos: Los instantes de decisión en que todo nuestro ser se pone en juego, sentimos como si estuviésemos actuando ante la mirada de la eternidad....

Todo esfuerzo, trabajo, lucha por promover al hombre, contribuye sin duda al proceso de su perfeccionamiento; todo avance hacia un mayor bien, hacia más verdad para la humanidad habrá de permanecer en la configuración del rostro del “hombre total”.

En la tradición judía se utiliza el símbolo del “libro de la vida” para referirse al valor de las obras, a lo que Jonas llama “la inmortalidad de las obras”, símbolo de que lo que estamos haciendo se inscribe de un modo indeleble en un orden trascendente. Se trata del “libro mayor celestial” en el que se anotan nuestros nombres según hayan sido nuestros méritos: méritos para la vida, para nuestra vida, la vida de la persona de la que se trate. Jonas sugiere que, en lugar de ver las obras en términos de méritos que se abonan en la cuenta del agente,

se les considere como *dotadas de relevancia en sí mismas*. Las obras son la tinta y la pluma con que se escribe y se llena el libro de la vida, registro eterno de la temporalidad, de todo lo que aquí hacemos, más allá de sus repercusiones y de su desaparición en el tejido causal del tiempo.

Lo que queda no son las personas, sino las obras de agentes mortales en quienes se decide la apuesta de Dios, “eternidad vulnerable” que, con gran osadía, se despoja de su poder y se embarca a sí mismo en nuestra condición mortal.

De esta audaz reflexión filosófica, resulta significativo para nosotros que el *êthos* o carácter moral de nuestro ser por nuestros actos es configuración, no de una persona en particular, sino de la humanidad como un todo, la “última imagen” en que se suman la configuración y consumación de la humanidad y de la divinidad. Sus rasgos están labrados por todas las acciones libres de los seres humanos, por las alegrías, las penas, las victorias y derrotas de las experiencias del tiempo, que tienen carácter divino y de ese modo se hacen inmortales.

“La divinidad se está haciendo, configurando su imagen, sin quedar nunca decidida del todo. El destino propio de Dios está en juego en el universo. El hombre es su custodio, que siempre puede traicionar.”

Éste es, según Jonás, el fundamento del sentimiento de deber incondicionado que sentimos en las llamadas de la conciencia, en los momentos de las grandes decisiones, en la entrega a nuestras obras o en el arrepentimiento, que constituyen las señales empíricas de un lado inmortal de nuestra naturaleza.

Así, en el acontecer temporal del mundo, cuyo fugaz “es” va siendo constantemente engullido por el “fue”, crece un presente eterno. El impacto de nuestras acciones no sólo recae sobre nuestro carácter, no sólo define nuestra figura personal, de manera definitiva. Definen el destino divino, repercuten el estado del ser eterno. La responsabilidad ética que se sigue de lo anterior es inmensa. Lo que sigue quedando, sin punto final a la vista, es la tarea de la responsabilidad por la vida.